VERLAINE

DE «SAGESSE»

Jinete enmascarado que silencioso avanza,
la Desgracia en el pecho hirióme con su lanza.

Brotó la roja sangre del corazón cansado,
y al fin, sobre las flores, al sol se ha evaporado.

Cegué: lanzó una queja el triste pecho mío,
y el corazón murióse en feroz calosfrío.

Desgracia—el caballero—cubierto se aproxima,
echa pie a tierra y tócame, siento su mano encima.

mete el dedo acerado en la herida reciente
y su ley atestigua con voz dura y potente.

Y al helado contacto de aquel guante de acero,
mi corazón renace, puro, animoso y fiero.

Y he aquí que candoroso, con bondad infinita,
un corazón muy joven dentro de mí palpita.

Yo quedé tembloroso, incrédulo, aturdido,
como aquel que en visiones de Dios se ha sumergido;

mas el buen caballero a partir se decide,
me hace con la cabeza un signo y se despide

diciendo—¡todavía escucho su sentencia!:—
«Por esta vez, que pase; mas desde hoy ¡prudencia!»

PIERROT

Ya no es, como en la vieja canción, aquel rendido
amante de la Luna que alegre se reía;
a un tiempo se apagaron su vela y su alegría,
y hoy vuelve exangüe y mustio como un aparecido.

Al fuego de un relámpago de súbito encendido,
su blusa, cual sudario, flota en la racha fría,
y su boca se abre de dolor, cual si impía
mordedura de larvas le arrancara un aullido.

Con el rumor que causa noctívago mochuelo
sus mangas van volando y haciendo con su vuelo
señales que contesta el silencio profundo;

sus ojos son dos antros de luz fosforescente,
y enharinado mírase, más lívido y doliente,
su rostro de aguzada nariz de moribundo.

COLOQUIO SENTIMENTAL

Por el parque añoso, desierto y helado,
poco ha que dos vagas formas han pasado.

De melancolía sus miradas llenas,
sus tenues palabras escúchanse apenas.

En el parque añoso, desierto y helado,
dos almas evocan el tiempo pasado.

«¿Te acuerdas de aquellos éxtasis de un día?
—¿A qué recordarlos a la mente mía?

—¿Palpita tu pecho como palpitó
y aun sueñas conmigo si me nombras? —No.

— ¡Oh instantes divinos de dicha indecible!
¡Qué sueños lejanos de amor! —Es posible.

—¡Qué azules espacios cruzó la esperanza!
—Hoy a un cielo obscuro la ilusión se lanza...

Por entre la hierba piérdense sus huellas,
y sólo la noche oye sus querellas.

BAUDELAIRE

EL IDEAL

Gérmenes putrefactos de un siglo insulso y frío,
calzando borceguíes, tocando castañetas,
nunca esas delicadas figuras de viñetas
satisfarán a un pecho como es el pecho mío.

A Gavarni, poeta de la clorosis, lego
su rumoroso enjambre de anémicas hermosas;
yo no hallo en ese búcaro de desteñidas rosas
la roja flor que sacie a mi ideal de fuego.

Mi corazón, profundo como el abismo, busca
el tuyo, ¡lady Macbeth!, cuya maldad ofusca
como un sueño de Esquilo que surge entre huracanes;

o a ti, grandiosa Noche, de Miguel Angel hija,
que tuerces dulcemente en rara actitud fija
tus formas repulidas con besos de titanes.

LA GIGANTA

Allá cuando la Tierra, con numen poderoso,
engendros concebía de magnitud que espanta,
yo estar querido hubiera al pie de una giganta,
como a los de una reina un gato voluptuoso.

Mirar desenvolverse su juventud tranquila,
verla crecer magnífica entre monstruosos juegos,
adivinar de su alma los escondidos fuegos
tras de las nieblas húmedas de su vasta pupila.

Recorrer a mi antojo sus formas esplendentes,
de sus piernas titánicas trepar por las pendientes,
y cuando se tendiera rendida en la campaña,

en estivales días de ardor y lumbre llenos,
dormir bajo la sombra de sus enormes senos
cual plácida aldehuela al pie de una montaña.

HEREDIA

LA SIESTA

Ni volador insecto ni susurrante abeja;
del Sol bajo la lumbre el bosque se adormece,
y al suave terciopelo del musgo se parece
la luz que, tamizada, la fronda pasar deja.

Entórnanse mis párpados; en ellos se refleja,
acribillando el dombo que la arbolada ofrece,
la luz del mediodía, que juega y resplandece,
y con furtivos rayos forma una red bermeja.

Hacia la ardiente gasa de tintas caprichosas,
de efluvios embriagadas y luz, las mariposas
dirígense en enjambres pintados y risueños.

El haz brillante cogen mis dedos intranquilos,
y en las sutiles mallas de los dorados hilos,
voy—cazador poeta—aprisionando sueños.

EL JOYERO ANCIANO

Mejor que los orífices de rara maestría,
Arfe, Ruiz, Jiménez y Becerril, yo creo
que sé doblar un asa, grabar un camafeo
y dar pulido engarce a rica pedrería.

En plata y en esmalte que al iris desafía,
supo esculpir mi mano, pecaminoso empleo,
en vez de un Santo Cristo y un místico trofeo
a Júpiter y Dánae, a Baco en una orgía.

Labré finos estoques, damasquiné puñales,
y por el vano orgullo de cosas infernales
puse en peligro grave mi venidera suerte;

por eso, ya que el fardo de la vejez me agobia,
quiero acabar mis días como Juan de Segovia,
a quien, labrando un cáliz, le sorprendió la muerte.

EL ARRECIFE DE CORAL

El Sol, bajo los mares, cual misteriosa aurora,
alumbra el bosque espeso de abisinios corales
que mezcla, bajo tibias honduras de cristales,
la vigorosa fauna con la viviente flora.

Algas, musgos, anémonas, erizos, que colora
el yodo y que se impregnan de las marinas sales,
cubren de obscura púrpura en dibujos triunfales
el fondo tapizado de blanca madrepora.

Amortiguando el brillo de su escama esplende
un pez enorme el bosque cruza indolentemente,
luciendo remos áureos de llameante gualda,

y de aletazo brusco al golpe repentino,
por el cristal opaco, inmoble y azulino
corre un temblor de oro, de nácar y esmeralda.

EL PRISIONERO

llá, de los muecines cesaron los clamores;
ol arde en ocaso con áurea y roja flama;
os del limo, el saurio hunde la obscura escama,
acallando el río sus últimos rumores.

l jefe, en cruz las piernas, se aduerme en los va-
[pores
misterioso háschisch que su cerebro inflama,
ntras allá, en el banco, se encorva y encarama,
ando, una pareja de negros remadores.

Junto al timón, alegre y el insulto en la boca,
arnaute de ojos viles y despiadados toca
en la agria guzla un aire de áspero y rudo estilo;

sobre cubierta, atado, sangrando al recio nudo,
un scheick anciano mira, entre abismado y mudo,
los altos alminares que tiemblan en el Nilo.

MAETERLINCK

LAS SIETE HIJAS DE ORLAMUNDA...

Las siete hijas de Orlamunda,
cuando el hada estuvo muerta,
las siete hijas de Orlamunda
corren a buscar la puerta.

Abren torres; una lámpara
cada cual lleva encendida;
cuatrocientas salas abren
sin encontrar la salida.

Bajan entonces las siete
hasta el sótano sonoro,
y en una puerta cerrada
hallan una llave de oro.

Ven el mar por las rendijas,
sienten miedo de morir,
tocan la cerrada puerta
y no se atreven a abrir.

YA BUSQUÉ TREINTA AÑOS, HERMANAS...

Ya busqué treinta años, hermanas,
¿sabéis dónde está?
Caminé treinta años, hermanas,
sin poder llegar...

Caminé treinta años, hermanas,
y no puedo más,
dondequiera hallábase, hermanas,
y no existe ya...

Mis sandalias quitad, hermanas,
la hora triste está;
ya agoniza la tarde, hermanas,
y me siento mal...

Idos lejos, diez y seis años
ajustasteis ya;
empuñad mi báculo, hermanas,
y también buscad...

EL INFIEL

Por acaso, si vuelve un día,
¿qué le contaré?
—Contaréisle que hasta la muerte
siempre le esperé.

¿Y si no me conoce, y sigue
inquiriendo más?...
—Contestadle como una hermana;
él sufre quizás.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
068318

Si pregunta por vos, ¿qué cosa
hay que contestar?
—Le daréis mi anillo de oro,
sin decirle más.

¿Si pregunta por qué se halla
la sala desierta?
—Enseñadle extinta la lámpara
y la puerta abierta.

¿Si sobre el instante postrero
quiere preguntar?
—Respondedle que he sonreído...
¡No vaya a llorar!...

PAUL FORT